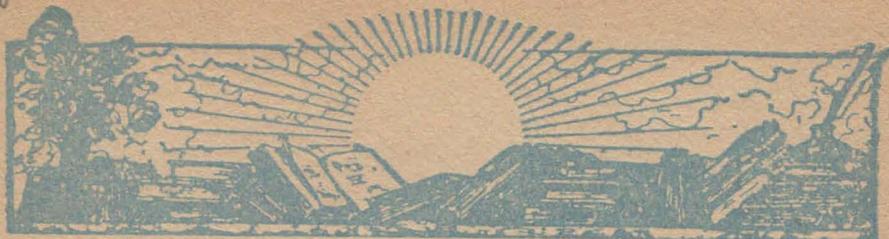


SAN FRANCISCO JAVIER



Editorial Difusión

colado 194
Mta 250 - \$0.



COLECCIONES "VIDAS EJEMPLARES" - Nº 10

SAN FRANCISCO JAVIER



EDITORIAL DIFUSION, S. A.

TUCUMAN 1859 — BUENOS AIRES

1567295

Con las debidas licencias

***queda hecho el
depósito que
marca la ley***



CAPITULO I

PRIMEROS PASOS DE SAN FRANCISCO JAVIER

DURANTE el reinado de Felipe II, cuando el sol no se ponía en los dominios de España, con la gloria de las armas y el florecimiento de las artes y las letras, surgieron también apóstoles de la fe católica, entre los que figura San Francisco Javier. El que más tarde había de ser misionero apostólico de las Indias orientales y del Japón, nació el 7 de abril de 1506, en el castillo que lleva precisamente su segundo nombre, Javier, magnífica fortaleza medioeval, que el rey Teobaldo donara a sus antepasados en premio de sus hazañas.

Fueron los padres del Santo don Juan Jaso, a la sazón consejero del monarca Carlos I, y doña María de Alpizcueta, heredera de dos ilustres familias navarras. Muchos hijos nacieron de este matrimonio, de los cuales Francisco Javier era el menor. Dominados por el ambiente militarista de la

época, y también por los estímulos del padre, que quería ver continuadas en sus hijos las heroicas hazañas de sus ascendientes, la mayor parte de los hermanos del Santo siguieron la carrera de las armas. Pero Francisco Javier, que desde niño diera muestras de un precoz talento, pretendía aportar al nombre ilustre de la familia el prestigio no menos glorioso de las letras; y a los 18 años, no teniendo ya nada que aprender en los colegios de Navarra, se dirigió a París para ampliar sus estudios en aquella Universidad, en la que, finalmente, había de despertarse su auténtica vocación religiosa.

CAPITULO II

SAN FRANCISCO JAVIER EN PARIS — ENCUENTRO CON SAN IGNACIO



OR una rara coincidencia, en la que podemos ver un designio providencial, se encontraba en París otro gran apóstol y gran santo español: Ignacio de Loyola, cuya penetración del ser humano, descubrió pronto en su joven compatriota un alma noble y propicia a la santidad.

Frecuentaba San Ignacio el "Colegio de Santa Bárbara", en el que también cursaba estudios San Francisco Javier. Pero como las ropas humildes y raídas del primero, que ya había hecho votos de pobreza, contrastaban con los trajes elegantes del segundo; y como, por otra parte, éste iba más adelantado en los estudios, pues ya se había graduado en filosofía y empezaba a dictar clases en la Universidad, lo que le daba reputación de docto, no sólo no sentía estimación alguna por San Ignacio, sino que lo despreciaba, burlándose donosamente de su humildad y de su desaliñada ropa. Estas burlas llegaban en ocasiones al escarnio, pues como Ignacio rengueaba del pie derecho a consecuencia de una herida sufrida en el sitio de Pamplona, Francisco



San Ignacio le repetía con frecuencia esta frase del Evangelio: “¿Qué te vale, Francisco, ganar el mundo, si pierdes el alma?”

solía remedarlo, caminando algunas veces detrás de él en la misma actitud claudicante, lo que provocaba la carcajada entre los compañeros.

Soportaba San Ignacio con humilde resignación tales injurias, ofreciéndolas en penitencia al Señor y orando para que preservara a aquella alma de los dos peligros que acechaban entonces a todo joven universitario: los placeres mundanos y la incredulidad. El santo fundador de la Compañía de Jesús no se concretaba solamente a impetrar el favor divino, y en el terreno puramente humano practicaba la cristianísima virtud de devolver bien por mal. Muchas veces, encontrándose Francisco en aprietos económicos a causa de despilfarros muy propios de la juventud, Loyola le facilitó dinero, proporcionándole también alumnos ricos que retribuían con largueza sus enseñanzas. Esta abnegada conducta de San Ignacio despertó las simpatías del joven navarro, que, alma noble y generosa, al fin, pudo ver la

grandeza de espíritu que se encerraba en aquel cuerpo tan pobremente vestido.

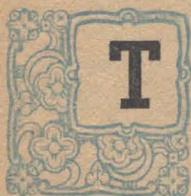
De este modo consiguió San Ignacio conquistar el afecto de su compatriota y condiscípulo; pero puestas sus miras en ideal más elevado que el de su propia persona, quiso ganarle también para el Señor; y aprovechándose de la amistad que ya se profesaban, le repetía con frecuencia esta máxima del Evangelio: "Qué te vale, Francisco, ganar el mundo, si pierdes el alma".

Con Francisco Javier, consiguió San Ignacio atraerse a otros seis jóvenes universitarios, y, todos juntos, en un día memorable de la Asunción de 1534, reunidos en una capilla de Montmartre, echaron los cimientos de la Compañía de Jesús, que hoy se extiende por todo el orbe.

Contaba entonces San Francisco Javier poco menos de 28 años, y su fervor religioso era ya tanto, que pasaba largas horas en oración, ayunaba días enteros y domaba su fogosidad juvenil con duras penitencias y castigos corporales.

CAPITULO III

VIAJE A ROMA



TERMINADOS los estudios en París, los compañeros y ya discípulos de San Ignacio decidieron ir a Roma, con el fin de visitar al Santo Padre y pedirle su bendición.

Era en invierno cuando emprendieron el viaje. Iban a pie, descalzos y llevando sobre los hombros unos hatillos de libros que aumentaban las molestias de la penosa caminata. Carentes de recursos, se alimentaban de limosnas, en lo que Francisco se señalaba por su diligencia y humildad. Mas a los pocos días de haber salido de París se vió el Santo en la imposibilidad de continuar. Confesó entonces que para castigar su vanidad de



En Venecia se reunieron con San Ignacio, que desde París había ido a España para arreglar ciertos asuntos.

deportista, pues era un ágil saltador, se había atado a las piernas unos cordeles con nudos, que incrustándosele en la carne, le habían abierto unas heridas y producido una grave inflamación. Conducido en brazos a un pueblo próximo, el cirujano que allí había no se atrevió a operarlo, manifestando que dado el estado del paciente, la operación era de gran peligro. Consternados los compañeros, pasaron toda la noche en oración, y a la mañana siguiente vieron con gran sorpresa que los cordeles estaban rotos, las heridas en buen estado y el enfermo con energías suficientes para reanudar la caminata.

En Venecia se reunieron con San Ignacio, que desde París había ido a España para arreglar ciertos asuntos. Tenían el propósito de llegar en peregrinación a Jerusalén, después de visitar al Santo Padre; pero antes de continuar el viaje a Roma se distribuyeron por los hospitales venecianos para atender a los enfermos. Tocóle a Francisco el de los incurables, a los que asistía con gran ternura y humildad,

como si viese en ellos el propio cuerpo de Jesús. "Uno de los que allí había estaba tan extremadamente llagado y podrido, que su presencia causaba repugnancia" — cuenta uno de sus biógrafos — el Santo, venciendo heroicamente sus escrúpulos, en un sublime impulso de piedad, besó y lamió aquellas llagas purulentas.

Por la cuaresma se encaminaron a la ciudad del Papa; visitaron al Sumo Pontífice y le pidieron su bendición, además de licencia para predicar en Jerusalén. El venerable Paulo III otorgóles ambas cosas, pero indicándoles que acaso no fuera Jerusalén el lugar más propicio para ejercer su apostolado. Como si esta indicación fuera un augurio, mientras esperaban la nave que los llevaría a Tierra Santa, recibió Ignacio cartas del rey de Portugal, en las que le pedía jesuitas para sus colonias de las Indias. Señaló a dos; mas como poco antes de emprender el viaje hacia Lisboa uno de ellos cayó enfermo, dijo Ignacio a Francisco: "Dios reservaba esta empresa para vos. El os llama y os envía a predicar el Evangelio". A lo que Francisco contestó: "Heme aquí, Padre mío; dispuesto estoy".

CAPITULO IV

SAN FRANCISCO JAVIER LLEGA A LISBOA



COMO en aquella época las vías de comunicación eran rudimentarias y los medios de transporte primitivos, la caravana del embajador de Portugal tardó tres meses para llegar desde Roma a Lisboa. Durante el viaje, San Francisco Javier dió muestras inequívocas de su fervor y de su capacidad para el milagro. En una ocasión, uno de los criados del embajador intentó con su caballo vadear un río. La impetuosa corriente lo arrastró con tal fuerza, que no había esperanzas de salvarlo. San Francisco se postró en oración, y caballo y jinete se vieron súbitamente en la orilla,



Por la Cuaresma se encaminaron a la ciudad del Papa; visitaron al Sumo Pontífice y le pidieron su bendición, además de licencia para predicar en Jerusalén. El venerable Paulo III otorgóles ambas cosas, pero indicándoles que acaso no fuera Jerusalén el lugar más propicio para ejercer su apostolado.

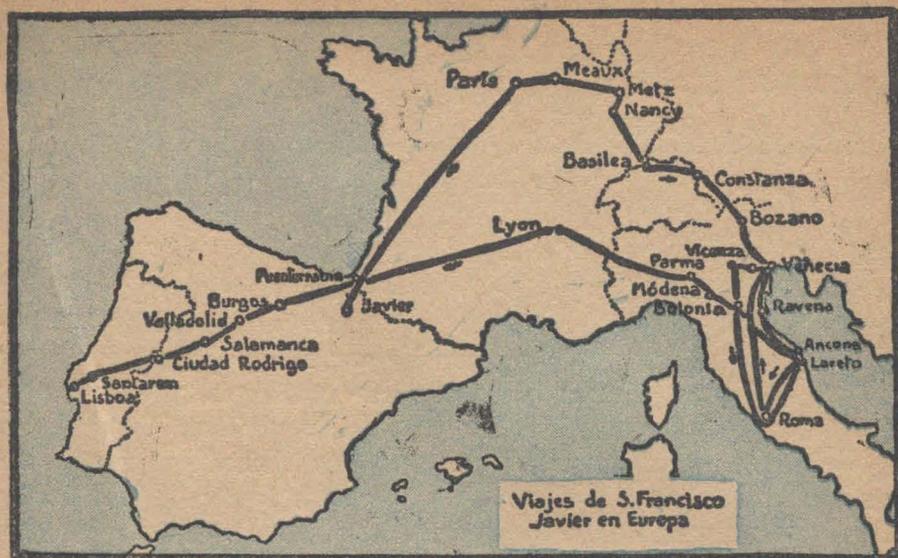
sin saber cómo. Agradeció el criado las oraciones del Santo, manifestándole que hacía tiempo sentía la vocación religiosa, y que mientras estaba en el río envuelto por las aguas, le pareció encontrarse ante el tribunal de Dios acusado de no haber seguido su vocación, lo que ahora prometía, e hizo, en efecto.

Al cruzar España, sintió Francisco deseos de visitar el Castillo Javier y abrazar a sus hermanos; pero entregado totalmente al Señor, dominó estos impulsos de la sangre como una nueva mortificación.

A fines de junio llegaron a Lisboa. Antes que ellos había llegado la fama de gran santidad y espíritu apostólico de Francisco Javier.

Un año tuvieron que permanecer en la capital portuguesa esperando las naves que saldrían para las Indias. Durante este tiempo, él y su compañero, el Padre Simón Rodríguez, se dedicaron a adoctrinar a cien jóvenes nobles que vivían en el palacio. Se ocuparon también en instruir al pueblo, especialmente en los "Ejercicios espirituales" de San Ignacio, lo que hicieron con tanto fruto, que el rey pidió y obtuvo del fundador de los jesuitas y del Sumo Pontífice que por lo menos uno se quedara en Lisboa, siendo designado el Padre Simón. En esto podemos ver cómo de nuevo el Todopoderoso preparaba a Francisco el camino de su glorioso apostolado.

En la mañana del 7 de abril de 1551, fecha en que el Santo cumplía justamente 45 años, se embarcó en la nave capitana "Santiago", que era la mayor de todas, pues llevaba 900 hombres. Despidióse Francisco tiernísimamente de su compañero, manifestándole en confidencia que desde hacía mucho tiempo el Señor le había dado ardientes deseos de ir a evangelizar la India. "¿Recuerdas — agregó — cuando en el hospital de Roma te desperté una noche gritando: más, más, más? Tú me preguntaste qué quería decir, y yo contesté que nada; pero ahora voy a explicártelo. Representábame entonces el Señor grandes penurias: hambre, sed, persecuciones, naufragios; pero al mismo tiempo su mise-



Mapa de la zona sudoeste de Europa, con el trazado del itinerario de los diversos viajes realizados allí por San Francisco.

ricordia divina me infundía tanto valor, que todo me parecía poco; y pedía más penas, más sufrimientos, más cruces. Por eso gritaba: ¡Más, más, más, Señor!" De este modo había ido Dios preparando para la lucha el espíritu de su gran misionero.

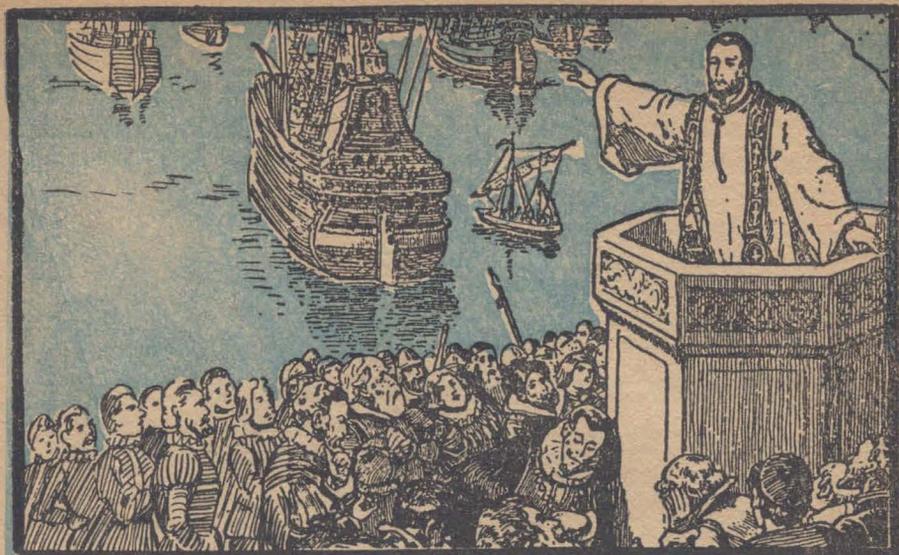
Antes de embarcar pronunció el Santo un breve sermón de despedida, y poco después las naves se deslizaban por el Tajo, entraban en el océano y se alejaban de las costas portuguesas, que Francisco no volvería a ver.

RUMBO A LAS INDIAS. — CALMA, ENFERMEDADES Y
TORMENTAS

DESDE el momento en que Francisco puso los pies a bordo de la "Santiago", empezó el ejercicio de su apostólica misión. Todos los días explicaba la doctrina cristiana, predicaba y confesaba a los que se lo pedían. Ocupábase también de arreglar las disensiones que se suscitaban entre ellos, lo que hacía con tanta delicadeza y tino, que se ganó el sobrenombre de "padre santo".

Frente a las costas de Guinea encontraron las naves grandes calmas, y el calor tórrido de aquella zona, descomponiendo el agua potable y los víveres, provocó a bordo una epidemia de la que pocos se libraron. En tan grave situación, nadie pensaba más que en sí mismo. Solamente nuestro Santo, olvidando sus propias dolencias, pues también estaba atacado de vómitos y fiebres, se ocupaba en atender a los demás, sirviéndoles de criado, de médico y de enfermero. Con solicitud inaudita, les preparaba la comida, poniéndosela a algunos en la boca, les lavaba la ropa sucia y limpiaba los recipientes inmundos. Instado con persistencia por Martín Alonso, que iba de gobernador para la India, a que se sentara a su mesa, nunca quiso aceptarlo. Por el contrario, su ración ordinaria de comida la distribuía entre los enfermos, alimentándose él con sólo pan y agua.

A fines de agosto llegaron las naves a Mozambique, después de cinco meses de travesía. En este puerto africano hubieron de permanecer bastante tiempo, por lo imponente que estaba el mar y por los muchos enfermos que llevaban. Visitándolos en el hospital, fué el Santo examinado por el médico quien manifestó que de todos los que allí había, ninguno ofrecía un estado de más extrema gravedad. No obstante, pasó toda aquella noche a la cabecera de un en-



Antes de embarcar en el puerto de Lisboa, el Santo pronunció un breve sermón de despedida en el mismo muelle.

fermo confortándolo y preparándolo para presentarse ante el tribunal de Dios. Después de este esfuerzo sobrehumano, se vió atacado de unas crisis frenéticas, que hizo cortar por medio de sangrías.

En abril zarparon las naves de Mozambique y llegaron a Melinde, ciudad habitada por mahometanos. Lamentó el Santo no poder detenerse en ella para predicar el Evangelio; pero se consoló en parte viendo en las afueras de la población una resplandeciente cruz de mármol, que allí habían colocado los portugueses. Tras una corta travesía recalaron en Socotora. Los habitantes de esta isla se decían cristianos, porque algunos habían sido bautizados; pero faltos de todo guía espiritual, vivían sumidos en la superstición. Francisco Javier, no conociendo su idioma, les predicó por señas; y fué tanta la eficacia de su mimético lenguaje, que después de bautizar a muchos, le pedían con lágrimas que no se fuera.

Pocos días más tarde arribaban las naves a la ciudad

de Goa, después de trece meses de penosísima navegación. Era el 6 de mayo de 1552. San Francisco Javier, aunque llevaba el nombramiento del Nuncio Apostólico de Su Santidad, fué a ponerse a las órdenes del Obispo de la India, haciendo con esto un acto de humildad y de obediencia.

CAPITULO VI

SAN FRANCISCO JAVIER DA COMIENZO A SU APOSTOLADO EN LA LEJANA INDIA



EN Goa, el santo Apóstol fué a instalarse en el hospital de pobres. Se acostaba todas las noches a los pies de la cama del más enfermo, durmiendo tres o cuatro horas solamente. Por las mañanas, se dirigía al de leprosos, que estaba fuera de la ciudad. Les hablaba amorosamente, con ternura de padre, los consolaba y socorría con limosnas, que él pedía a los portugueses. Por las tardes salía por las calles y plazuelas de la ciudad, agitando una campanilla y llamando a los niños. "Fieles cristianos, enviad a los niños a aprender la santa doctrina de Jesucristo". Los pequeños acudían alborozados y con ellos, muchas personas mayores. Reunidos en la iglesia, "quietecitos como ángeles", según él mismo decía, les explicaba la doctrina de Cristo. Así fué consiguiendo el santo apóstol difundir nuestra cristiana religión en aquel pueblo medio paganizado.

Pero el celo apostólico de Francisco Javier ansiaba empresas más difíciles, y habiendo oído que los pescadores de perlas de Cochín vivían en estado de barbarie, determinó ir a evangelizarlos, sin arredrarle lo peligroso de la empresa.

Después de varios días de travesía, arribó a aquellas playas. Los pobladores de la isla vieron con asombro cómo de una barca saltaba un hombre vestido de negro y avanzaba agitando una campanilla, y, temerosos, se refugiaron



Por las tardes salía por las calles y plazuelas de la ciudad de Goa, agitando una campanilla y llamando a los niños.

en sus chozas. Pero el halo de bondad que circundaba al Santo y el brillo del crucifijo, que resplandecía al sol, atrajeron a los pequeños. Entre éstos había algunos que comprendían la lengua portuguesa, lo que aprovechó Francisco para explicarles la doctrina cristiana, que ellos luego traducían a los mayores.

Recorrió todos los lugares de la costa, caminando a pie y descalzo, por sendas calcinadas y pedregosas. Sus penaltades eran tantas, que en una carta se le escapó esta queja: "Sólo por Dios pueden soportarse tantos trabajos, porque son de tal índole, que ni un solo día cargaría con ellos por todas las riquezas del mundo". Y, sin embargo, no dejó nunca de orar ni de cumplir sus penitencias. Comía una sola vez al día un poco de arroz cocido, y su lecho era la dura tierra. El gobernador de Goa le mandó una colcha y una almohada, pero él se las regaló a un enfermo.



A una pobre mujer se le cayó un niño a un pozo. Lo extrajeron ahogado, y quisieron llevárselo para enterrarlo, lo tomó en brazos y salió a la calle, buscando contestó: "No llores, que tu hijo no está muerto". Fué con ella a la casa que se levantara en nombre de Jesucristo. Viendo los que allí estaban que



madre, desesperada, pedía a gritos la muerte para ella. Cuando al otro día Santo: "Padre —exclamó— resucita a mi hijo". Francisco, enternecido, le después de orar breves momentos, tomó al niño de una mano y le ordenó no volvía a la vida, exclamaron llenos de asombro: "¡Milagro! ¡Milagro!"

Grandes fueron los milagros que realizó el Santo en las Pesquerías, curando enfermos y resucitando muertos. En una ocasión, a una pobre mujer se le cayó un niño a un pozo. Lo extrajeron ahogado, y la madre, desesperada, pedía a gritos la muerte para ella. Cuando al otro día quisieron llevárselo para enterrarlo, lo tomó en brazos y salió a la calle, buscando al Santo: "Padre — exclamó —, resucita a mi hijo". Francisco, enternecido, le contestó: "No llores, que tu hijo no está muerto". Fuese con ella a la casa, y después de orar breves momentos, tomó al niño de una mano y le ordenó que se levantara en nombre de Jesucristo. Viendo los que allí estaban que el niño volvía a la vida, exclamaron llenos de asombro: ¡Milagro, milagro!, sin que pudiera acallarlos las súplicas del Santo, que se sentía herido en su humildad.

CAPITULO VII

EL SANTO EVANGELIZA A UNOS ANTROPOFAGOS — EL CRUCIFIJO DEL CANGREJO



DESPUES de predicar el Evangelio entre los pescadores de perlas, San Francisco Javier recorrió Ceilán, Magapatán, Meliapur y otros lugares remotos, llegando hasta Malaca. Allí supo que en las islas Molucas, descubiertas por Magallanes, muchos habitantes estaban deseosos de instruirse en las enseñanzas de Jesucristo, y aunque distaban 3.500 kilómetros, y la navegación era peligrosa, decidió emprender el viaje. Al mes y medio de travesía llegó a Amboino, a cuyo señorío pertenecían las Molucas. Los habitantes, perseguidos por los piratas mahometanos, que infectaban aquellos mares, se habían refugiado en el interior. El Apóstol recorrió montañas, atravesó selvas y no dejó cueva por visitar, afrontando el peligro de las fieras y de los precipicios, sufriendo hambre, sed, fatigas y otras muchas penalidades. Más tarde pasó a Ternate. Los pobladores



Con sus argumentos consiguió convencer por fin a unos marineros, quienes le llevaron a la isla del Moro, habitada por antropófagos.

de esta isla vivían en una gran disolución; pero las enseñanzas del misionero fueron tan eficaces, que al abandonar la isla, sólo dos hombres quedaban sin convertirse. Supo el Santo en Ternate que a unas sesenta leguas de distancia se encontraban las islas del Moro, cuyos pobladores habían sido cristianos, pero que en la actualidad se hallaban en la más espantosa degeneración. Encendiéndose de mayor celo el corazón de San Francisco y decidió emprender su conquista. Los de Ternate pretendieron disuadirlo, rogándole con lágrimas que no fuera y negándose a facilitarle embarcación, "porque aquellos hombres eran tan salvajes — decían —, que usaban flechas envenenadas, comían a los prisioneros y, lo que era aún más horrible, se prestaban mutuamente a los pobres ancianos para realizar banquetes".

A todo eso, replicaba el Santo: "Si hubiese en aquellas islas oro o plata, ¿no hubieran entrado ya los portugueses, venciendo todos los peligros? ¿Y no he de hacer yo por

Jesucristo lo que otros hacen por el oro? Si no encuentro barco que me lleve, iré a nado, porque Dios me llama a aquellas islas". Con estos y otros argumentos consiguió convencer a unos marineros, quienes, por fin, decidieron llevarlo hasta las playas del Moro.

Penetró nuestro Santo entre los caníbales como un dulce cordero en un cubil de lobos; pero Dios, que velaba por su gran misionero, hizo que los salvajes lo recibieran con reverencias y dando muestras de contento. Háblóles Francisco en lengua malaya, que los indígenas conocían, y de tal modo su dulzura y generosidad penetraba los corazones, que la que era tierra de antropófagos, se convirtió prontamente en tierra de cristianos.

Otras muchas islas de aquellos mares recorrió Francisco Javier. Navegando en cierta ocasión hacia las de Baranura, se levantó tan imponente tempestad que los pasajeros se consideraban náufragos. Francisco, que conservaba siempre su confianza en Dios, tomó el crucifijo que llevaba al cuello y atándolo con un cordel, lo echó al mar; pero desatándose el nudo, el crucifijo se fué al fondo. Cuando pasada la borrasca saltó a tierra, lamentó la pérdida de su preciada joya. Mas he aquí que, a las 24 horas, paseando por la playa con un guerrero portugués, vieron con asombro cómo un cangrejo salía de las aguas llevando consigo el crucifijo. Hincóse el Santo de rodillas, dando gracias a Dios por el milagro; y el cangrejo, cumplida su misión, se volvió al mar.



Paseando por la playa, vieron con asombro que un cangrejo salía de las aguas llevando consigo el Crucifijo caído al mar.

CAPITULO VIII

SAN FRANCISCO JAVIER EN EL JAPON



A CONTECIO que un joven noble japonés, llamado Anguero, vivía atormentado por los remordimientos de delitos que había cometido. Los "bonzos", que eran los sacerdotes de su pagana religión, no conseguían consolarlo, y habiendo oído hablar de la santidad de nuestro Apóstol, decidió emprender el viaje a Goa para verle.

Después de varias peripecias, se encontró Anguero con Francisco, y quedó el japonés tan consolado, que al poco tiempo se convertía al cristianismo, y con él, los dos criados que llevaba. Instaba Anguero al Santo a que visitara su país, ponderándole la finura y amabilidad de sus compatriotas, lo que al fin decidió Francisco.

Cuando en Goa se informaron de tal determinación, pretendieron disuadirlo, hablándole de los peligros que entrañaba una navegación tan larga. Pero no eran los obstáculos más que incentivos para el celo apostólico del Santo, y el día de San Juan embarcóse con Anguero y sus dos criados en un junco chino que mandaba un pirata pagano, conocido por "El Ladrón".

Después de muchas vicisitudes y de sufrir horrosas tempestades, arribaron a Cangoxima, patria de Anguero. La familia del noble japonés los recibió con grandes muestras de alegría; y fueron tantas las atenciones que tuvieron para Francisco, que éste quedó prendado de aquella gente "sana, culta y espiritual". Los japoneses, por su parte, estaban admirados de ver a un hombre que, abandonando la patria y la familia, venía a su país, no para buscar oro, sino para predicar su religión. Al poco tiempo los parientes de Anguero recibían el bautismo, y con ellos muchos amigos. Procuró el Santo atraerse la simpatía de los bonzos, lo que consiguió en parte. Consiguió también del rey de Cangoxima autorización para predicar el Evangelio. Mas como las conversiones crecían rápidamente, los sacerdotes paganos, celosos de los progresos de nuestro misionero, le declararon la guerra, y obtuvieron del monarca la publicación de un decreto por el que se consideraban enemigos a los que profesaran la religión de Cristo. Francisco tuvo que abandonar aquel país, después de dos años de apostolado; y el joven Anguero, desterrado por sus creencias, moría al poco tiempo asesinado por los piratas. Pero los cristianos que allí quedaron perseveraron tanto en la fe, que aun careciendo de todo maestro y guía, fueron creciendo en número y virtudes.

Partió Francisco Javier de Cangoxima y se dirigió a Meaco, ciudad en donde residía la renombrada corte del Japón. Cifaba nuestro Santo grandes esperanzas en la empresa, pues esperaba convertir al Emperador y convencer a los profesores de aquella Universidad, que era entonces famosa, para, con su influencia, atraer más tarde a la religión de Cristo el vasto imperio de la China.



El día de San Juan embarcóse con Anguero y sus dos criados en un junco chino que mandaba un pirata pagano, llamado "El Ladrón".

Mas los grandes anhelos de Francisco no habían de tener realización, como se verá en los capítulos siguientes.

CAPITULO IX

CONTINUA SAN FRANCISCO SU APOSTOLADO EN TIERRAS JAPONESAS

ERA en el mes de diciembre. Por caminos pedregosos y cubiertos de nieve, caminaba el Santo con los pies descalzos, sin ropas suficientes que le defendieran del intenso frío y hambriento, pues se sustentaba con un poco de arroz crudo y agua helada. Los mil escudos de oro que le había mandado el gobernador de Malaca, él los había distribuido entre los bautizados pobres. Resbalaba muchas veces

en la nieve, y otras, tenía que avanzar a gatas, arrastrándose por los montes. Para no perderse en el camino, se contrató como lacayo de unos mercaderes japoneses que pasaban a caballo, cargando con las valijas de uno de ellos. Por temor a los ladrones, los mercaderes caminaban de prisa, y el Santo, debilitado y herido, tenía que correr tras ellos. En las posadas cuidaba de las caballerías; y él, que era Nuncio apostólico de S.S., y que por la sangre descendía de reyes de Navarra, se avenía a tan humildes menesteres. Cuando tenían que atravesar un río o algún trecho de mar, no eran menores sus trabajos. Por su aspecto miserable, no querían admitirlo en las embarcaciones; y cuando alguno compadecido lo aceptaba, los pasajeros lo arrojaban a empujones hasta el lugar destinado para las bestias.

De este modo, sufriendo innumerables penurias y sin olvidar en ningún momento su apostolado, llegó el Santo a la corte de los emperadores japoneses.

Era Meaco una ciudad esplendorosa, llena de lujo y de suntuosos edificios. Cuando llegó Francisco, encontrábase en guerra, y la inquietud y turbulencia de las gentes, hacía que nadie atendiera su predicación. Intentó varias veces ver al Emperador, pero se lo impidieron los porteros. Considerando inútil su permanencia en la ciudad, se embarcó para Amanguchi, consolándose con la idea de que no sólo es glorioso hacer grandes cosas, sino también sufrirlas por el amor de Jesucristo. Su viaje, sin embargo, no fué completamente estéril, pues en Meaco supo el Santo que el Emperador era apenas un símbolo, y que los verdaderos amos del país eran los daymios de las regiones; por lo que decidió entenderse directamente con ellos, empezando por el de Amanguchi, que era de los más poderosos.

Mas sabiendo Francisco por experiencia que los japoneses desprecian a las personas mal vestidas, respetando, en cambio, a las que se exhiben lujosamente trajeadas, decidió presentarse cubierto de ricos atavíos, para lo que pidió ayuda a los portugueses de Firando. Entusiasmáronse estos con el proyecto del Apóstol y le facilitaron una sotana de finísima tela negra, una sobrepelliz delgada y una estola de



Los japoneses, por su parte, estaban admirados de ver a un hombre que, abandonando la patria y la familia, venía a su país, no para buscar oro, sino para predicar su religión. Al poco tiempo los parientes de Anguero recibían el bautismo y con ellos muchos amigos.

terciopelo, guarnecida de brocado. Además, cinco de los más principales tuvieron a honra acompañar al Santo en calidad de pajes y escuderos, y vestidos de reluciente seda, con adornos de perlas y cadenas de oro, entraron solemnemente en Amanguchi. Eran tan lujosos sus atavíos y hacían su papel con tanta gravedad, que los japoneses, admirados, exclamaban al verlos: "Este bonzo parece un hombre venido del cielo para confundir la arrogancia de nuestros bonzos".

Desfilando por siete de las principales calles de la ciudad, llegaron al palacio. Recibió el rey al Santo con mucha cortesía, y además de concederle la autorización para predicar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, le regaló un templo, que le serviría de vivienda y de cátedra. Con estas facilidades pronto consiguió nuestro Apóstol catequizarse innumerables fieles. En solo dos meses había bautizado a más de quinientas personas, muchas de las principales; y después de dos años de persistente y fatigoso apostolado, quedaba profundamente establecida en el Japón la doctrina de Jesucristo. Pero encargado Francisco de todas las misiones de la Compañía de Jesús en la India, se vió precisado a regresar a Goa.



Partió Francisco Javier de Cangozima y se dirigió a Meaco, ciudad en donde residía la renombrada corte del Japón.

CAPITULO X

ABANDONADO DE TODOS, MUERE SAN FRANCISCO JAVIER

EN la ciudad de Goa encontró Francisco Javier dos cartas de San Ignacio, en las que le nombraba Superior de la Compañía de Jesús en la India y le facultaba para usar de todas las gracias y prerrogativas que el Sumo Pontífice le había concedido a él. Cumplidas las órdenes y arregladas todas las cosas, dispúsose nuestro Santo a realizar su gran proyecto de penetrar en el imperio chino; y el día de Jueves Santo, 14 de abril, se embarcaba para Malaca, llevando como único compañero a Antonio de Santa Fe, un joven chino, que se había criado en el colegio de San Pablo. Profundo conocedor de la mentalidad de aquel pueblo,

deseaba San Francisco que a su misión apostólica antecedería una preparación diplomática; y para tal fin esperaba comisionar a su gran amigo Diego Pereira, que había sido nombrado embajador de Portugal en China. Pero las mezquinas pasiones de los hombres no favorecen los altos designios, y el gobernador de Malaca, envidioso de que hubieran nombrado embajador a Diego Pereira, que no era hombre de carrera, se opuso tenazmente a tal proyecto. Sin más apoyo que su confianza en Dios, embarcóse el Santo para la isla de Sanción, próxima a la ciudad china de Cantón, dispuesto a llevar a cabo su magna empresa. Unos portugueses que allí vivían, le facilitaron una chocita para albergarse; pero nadie quería trasladarlo a Cantón, porque había pena de muerte para los extranjeros que osaban penetrar en el entonces Celeste Imperio. Encontró, por fin, a un mercader chino que se comprometió a llevarlo, ajustando el precio de sus servicios en trescientos ducados de pimienta. Lo trasladaría de noche en su esquife, dejándolo tres o cuatro días escondido en la playa, y una mañana lo guiaría hasta las puertas de la ciudad. Ya allí, sería descubierto por los soldados, quienes lo llevarían a presencia del mandarín, ante el cual podría Francisco exhibir cartas del virrey portugués y del Obispo de Goa.

Esperando al mercader, pasaba el Santo muchas horas en la playa, mirando ardientemente aquellas costas de la China, a la que ansiaba llevar la doctrina de Jesucristo. Pero en los inescrutables designios del Señor estaba que no había de realizar su anhelado sueño, muriendo como Moisés frente a la tierra prometida.

El mercader chino no regresaba, y nuestro Apóstol llegó en este tiempo a verse tan necesitado y desamparado, que Antonio de Santa Fe, el mozo chino que lo servía, tuvo que recurrir a pedir limosna para conseguir algunos alimentos. Pero las energías del Santo se debilitaban, y el día 20 de noviembre, después de decir misa, fué atacado por unas calenturas malignas. Quiso que lo llevasen a la nave que servía de hospital, para morir entre los pobres; mas como la enfermedad crecía a causa del balanceo, lo trasladaron nue-



Sabiendo Francisco por experiencia que los japoneses desprecian a las personas mal vestidas, respetando, en cambio, a las que se exhiben lujosamente trajeadas, decidió presentarse cubierto de ricos atavíos, para lo que pidió ayuda a los portugueses de Firando, quienes se entusiasmaron con el proyecto del Apóstol.



Echado sobre una esterilla, puestos los ojos en el cielo y teniendo en la mano el Crucifijo...

vamente a tierra. Un portugués piadoso le cedió una chocita hecha de ramas; el cirujano lo sangró dos veces, sin que obtuviera mejoría; y el 2 de diciembre, después de pasar los últimos días en tiernísimo coloquio con Nuestro Señor, perdió el habla. Antonio, el buen mozo chino, comprendió que su amado Maestro no tardaría en morir.

Echado sobre una esterilla, puestos los ojos en el cielo y teniendo en la mano el crucifijo, que nunca abandonaba, yacía el enfermo desamparado de todos, como Cristo en la Cruz. "A las dos de la madrugada — escribía más tarde Antonio de Santa Fe — yo le puse un cirio en la mano, y estando solo con él, partióse su alma de este miserable mundo a recibir el premio de los muchos trabajos que había padecido en esta tierra por el amor de Jesucristo".

Vivió San Francisco Javier 55 años, de los cuales, 10 años y siete meses transcurrieron en la India. Vida corta, si se estima con relación al tiempo; pero larga e intensa si se aprecia en la grandeza de sus obras y en la magnitud de sus trabajos.

INDICE

	Pág.
Capítulo I — Primeros pasos de San Francisco Javier	3
Capítulo II — San Francisco Javier en París — Encuentro con San Ignacio	4
Capítulo III — Viaje a Roma	6
Capítulo IV — San Francisco Javier llega a Lisboa	8
Capítulo V — Rumbo a las Indias — Calma, enfermedades y tormenta	12
Capítulo VI — San Francisco Javier da comienzo a su apostolado en la lejana India	14
Capítulo VII — El Santo evangeliza a unos antropófagos — El Crucifijo del cangrejo	18
Capítulo VIII — San Francisco Javier en el Japón	21
Capítulo IX — Continúa San Francisco su apostolado en tierras japonesas	23
Capítulo X — Abandonado de todos muere San Francisco Javier	27

Colección "VIDAS EJEMPLARES"

1. — SAN TARSICIO
2. — SANTA INES
3. — EL ANGEL DE LA GUARDA
4. — SANTA ROSA DE LIMA
5. — SAN AGUSTIN
6. — SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
7. — SAN JUAN DE LA CRUZ
8. — SANTA BERNARDITA
9. — SANTA CECILIA
10. — SAN FRANCISCO JAVIER

Volúmenes profusamente ilustrados
con tapas a todo color, en cartóné

CADA UNO: \$ 0.60



EDITADOS POR

EDITORIAL DIFUSION, S. A.

Tucumán 1859 — Buenos Aires



PRECIO

60 ctvs.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina